

LA MALDICION DEL TRIBUNO

S · P · Q · R



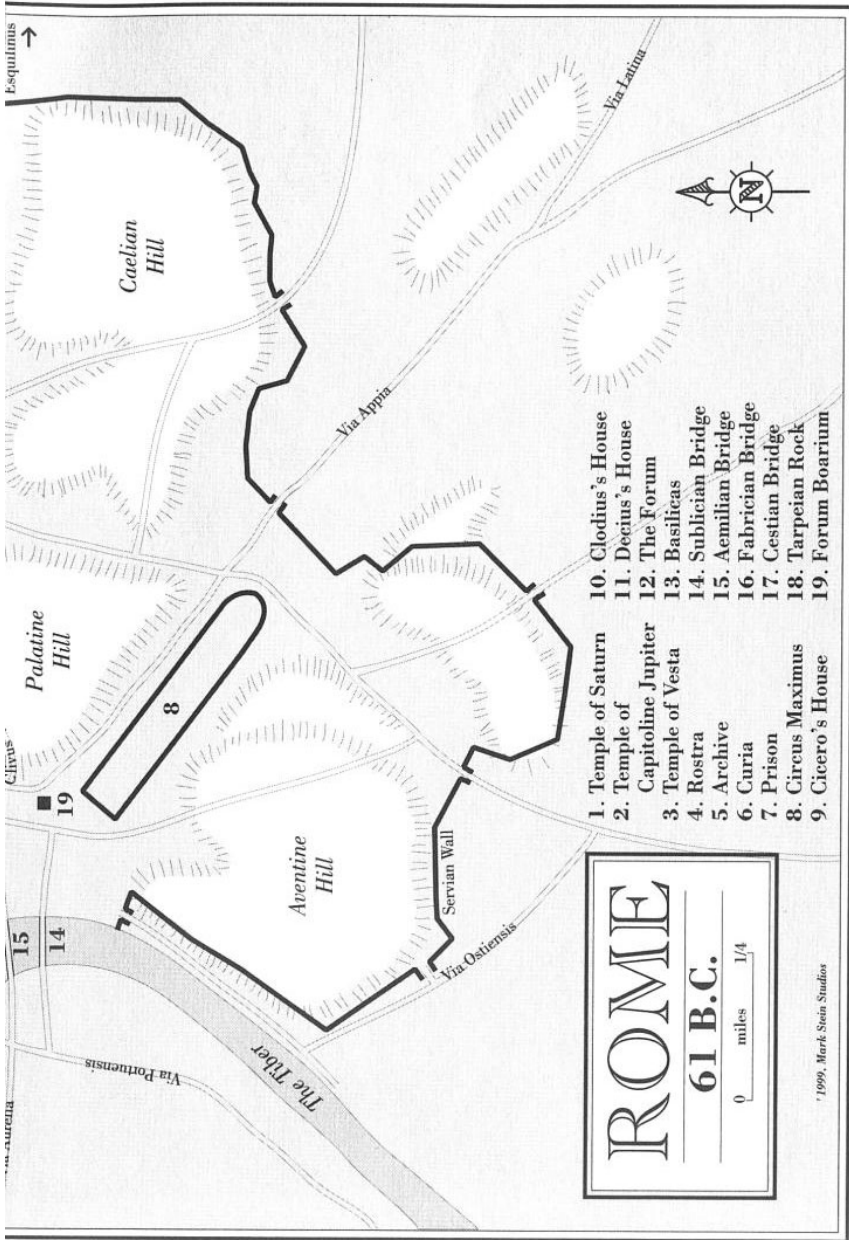
JOHN MADDOX ROBERTS

Decio Cecilio Metelo es feliz. El clima es maravilloso y él está en pie para el cargo (literalmente, en pie, en el Foro Romano solicitando votos) con una muy posible oportunidad de ganar. Y la monótona guerra de César está lejos en la Galia. Decio está seguro que se avecina otra guerra sobre Roma, instigada por Craso contra los partos (sin ninguna razón, solo por una posible ganancia mundana); la cual debe ser votada en el Senado. Pero la votación no detiene a Craso.

El día que él y sus tropas parten de Roma, el tribuno Ateyo Capitón, líder de la oposición, grita una antigua y terrible maldición sobre la gran multitud reunida, una maldición que asusta no solo al hombre de la calle sino a los romanos más encumbrados. Cuando Ateyo es asesinado poco después, Decio, quien resuelve los misterios pasados, tiene la difícil tarea de encontrar al asesino.

Los detalles fascinantes de las entreveradas posiciones de Roma sobre el poder de la magia y la práctica de la política racional iluminan este último de los intensos misterios históricos de Roberts.

Para Susan Shortt
Por los años de amistad y buena conversación



1

Y O ESTABA MÁS FELIZ DE LO QUE CUALQUIER simple mortal tiene derecho a estar, y debí haberlo sabido mejor. Toda la colección completa de mitología recibida y hasta la última de las tragedias griegas alguna vez escritas han dejado en claro una verdad ineludible: si eres absolutamente feliz, los dioses tienen algo para ti. No les gusta que los mortales sean felices, y te harán pagar por ello.

La razón de mi felicidad se debía a que no estaba en la Galia. Tampoco estaba en Partia, Grecia, Iberia, África o Egipto. En cambio, estaba en el centro del mundo. Estaba en Roma, y para un romano no puede haber mayor alegría que estar en casa, donde todos los caminos conducen a la fama. Bueno, si no puedes estar en Roma, Alejandría no es una mala segunda opción, pero simplemente no es Roma.

No solo estaba en Roma, sino que estaba en el Foro, donde todos esos caminos convergen cerca del Miliario de Oro. Realmente no es de oro, solo retocado con un poco de dorado, pero lo pondré por encima de cualquier monumento bárbaro llamativo algún día. Y aquel era un hermoso día, que siempre ayuda. Y yo estaba en pie, firme para el cargo, que iba a ganar. Sabía que iba a ganar porque, cuando los hombres de la *gens* Cecilia Metela exigimos un alto cargo, lo conseguimos.

Había una pequeña, minúscula falla en mi perfecta felicidad. El cargo al que estaba postulando era edil. Ahora

bien, constitucionalmente, la edilidad no estaba estrictamente en el *cursus honorum*, esa escala de cargos públicos que uno tenía que ascender un peldaño a la vez para llegar a los más altos cargos de pretor y cónsul, donde se encontraba el mayor honor, y sus subsecuentes mandos de propretor y procónsul, donde se obtenía todo el botín.

Los ediles estaban cargados de responsabilidades relacionadas con la conducta y el bienestar de la ciudad. Se encargaban de los mercados, del mantenimiento de las calles y de los edificios públicos, de la aplicación de los códigos de construcción, de la supervisión de la moral pública (que siempre era bueno para una risa) y de todos los demás deberes que nadie más podía ser persuadido de llevar a cabo.

Los ediles también estaban a cargo de los juegos públicos, y el estado proporcionaba solo una asignación ridículamente pequeña para esos espectáculos necesarios pero terriblemente costosos. Lo que significaba que si querías celebrar juegos realmente espectaculares, tenías que pagarlos de tu propio bolsillo. Eso significaba que, si no eras tremendamente rico, tomabas un préstamo y terminabas endeudado durante años.

Entonces, ¿por qué?, te podrías preguntar, ¿alguien querría este cargo oneroso si no era requerido constitucionalmente? Por la sencilla razón que el electorado se había acostumbrado a recibir bellos espectáculos de sus ediles, y si tus juegos no eran adecuadamente espléndidos, no te elegirían para la pretura.

Esta desagradable necesidad de la vida pública se había convertido en una ventaja inesperada para César, quien, como edil, incurrió en deudas tan tremendas que todos asumieron que se había arruinado tontamente para ganarse el favor del populacho. Entonces, para su asombro, algunos de los hombres más importantes de Roma abrieron los ojos y descubrieron que, si tenían alguna esperanza de recuperar sus préstamos, tenían que empujar

a César a un cargo más alto para que él pudiera hacerse rico. Funcionó perfectamente para César, pero eso significaba que ahora los votantes estaban acostumbrados a un estándar aún más espléndido en los juegos: más días de carreras, más comedias y dramas, más fiestas públicas y, lo más importante, más y mejores gladiadores. Cuando antes se consideraba que un espectáculo de veinte parejas de las escuelas locales era un buen espectáculo, la gente ahora esperaba que cuatrocientas o quinientas parejas de los mejores espadachines de Campania fueran engalanados con plumas y armaduras doradas. Nada de esto era barato.

Pero todas estas perspectivas sombrías estaban lejos de mi mente cuando participé en el Foro en un día perfecto a principios del otoño, cuando Roma y toda Italia están en su mejor momento. El cielo estaba despejado; el humo de los altares ascendía directamente hacia los cielos; había flores brotando por todas partes. El calor opresivo del verano había pasado, y las lluvias, las nubes y el frío del invierno todavía estaban muy lejos. Como los otros aspirantes al cargo, yo llevaba una toga especialmente blanqueada, la *candidus*, para que todos supieran quiénes éramos, simplemente parados allí como tontos y sin decir nada.

Por ley antigua, a un candidato se le prohibía pedir votos. Él tenía que pararse en un lugar y esperar a que alguien se acercara y le hablara, momento en el que podía sonsacar todo lo que valía la pena. Por supuesto, cada candidato estaba acompañado por sus clientes, que actuaban como una especie de grupo de animación, siempre mirándolo con admiración, acosaban a los transeúntes y les contaban todo lo buen sujeto que era su patrón.

Supongo que todo era bastante ridículo para los extranjeros, pero era una forma agradable de pasar el tiempo cuando hacía buen clima, especialmente si acabas de escapar de la Galia y la enorme y sangrienta guerra de César allí. César me había concedido un permiso de ausen-

cia para poder volver a casa y presentar mi cargo, con el acuerdo de que regresaría tan pronto como cumpliera mi año. Bueno, ya lo veríamos. César podría estar muerto antes de eso, la guerra es una catástrofe. Este era el resultado por el cual sus enemigos oraban y hacían sacrificios diariamente a Júpiter, el Mejor y el Más Grande.

Pero la guerra estaba muy lejos, el tiempo era bueno, estaba cumpliendo mi herencia ceciliana al postularme para un cargo, pasarían meses antes de que tuviera que ofrecer mis fiestas, mi *ludi* y mi *munera*, y todo marchaba bien con el mundo. Estaba relativamente a salvo de las pandillas de mi viejo enemigo, Clodio, porque él era el lacayo de César y yo estaba recién casado con la sobrina de César, Julia. Debería haber visto venir los problemas, no es que hubiera hecho mucha diferencia si lo hubiera hecho. Y el día comenzó bastante bien, además.

El primer hombre que se me acercó fue mi distinguido pero tediosamente denominado pariente, Quinto Cecilio Metelo Pío Escipión Nasica. Con ese nombre tan largo, hubieras esperado un hombre más grande, pero él era bastante menudo, y un Ceciliano por adopción, no es que eso significara mucho. Todas nuestras grandes familias estaban tan casadas entre sí que todos llevábamos el mismo grado de consanguinidad, cualquiera que fuera el nombre que tuviéramos.

—Buenos días, Escipión —le dije mientras caminaba hacia mí—. ¿Estás en servicio de apoyo hoy? —Se entendía que, desde que yo estaba postulando al cargo, los hombres más distinguidos de la familia se mostraban en mi compañía de vez en cuando. Escipión era uno de los pretores de ese año, pero no estaba acompañado por sus licores. También era un pontífice, y esa mañana llevaba su insignia pontificia, por lo que sabía que estaba en camino a un evento religioso formal.

—Se ha convocado una reunión del Colegio Pontificio —dijo—. Pensé que sí me detenía, te daría un aura de respe-

tabilidad muy necesaria. –Mi reputación en la familia no se mantenía alta.

–¿Será necesario un dictamen del *Pontifex Maximus*? Está fuera de la ciudad, ya sabes. –El titular de ese antiguo cargo era, por supuesto, el mismísimo César, y estaba fuera por su extraordinario mandato de cinco años en la Galia.

–Ciertamente espero que no. Está en discusión una cuestión difícil. Es posible que tengamos que llamar a un cónclave de todos los colegios sacerdotales de Roma. – No parecía que lo estuviera deseando.

–¿Los *flamines*, la Hermandad Arval, el *quinquidecem viri*, y las vestales y todo lo demás? Pero eso solo se ha hecho en tiempos de grave emergencia. ¿Ha pasado algo que el resto de nosotros no hemos escuchado todavía? ¿Han sido aniquilados César y sus legiones, y están marchando los galos hacia Roma?

–Mantén la voz baja, o comenzarás los rumores –me advirtió–. No, no es nada de eso. Una cuestión de práctica religiosa, y no se me permite hablar de eso.

A lo largo de toda la conversación, nos sonreímos mutuamente como si fuéramos monos, de modo que cualquier espectador podría ver en qué alta estima el distinguido pontífice tenía al candidato humilde pero obediente y concienzudo que, en la mejor tradición de la República, trataba de asumir las pesadas cargas del cargo. Esto se repitió, con variaciones, en todo el extremo del Foro donde se congregaban los solicitantes al cargo.

–Bueno, debo irme, Decio. Buena suerte. Me dio una palmada en el hombro, levantando una nube de tiza fina con la que se había blanqueado mi toga. Se asentó sobre él, haciéndolo estornudar.

–Cuidado con eso, Escipión –le dije–. La gente podría pensar que estás parado aquí para el cargo, también. –Se fue a su reunión, resoplando y cepillando su ropa. Esto me

puso de un humor aún más alegre. Entonces vi a un hombre que estaba mucho más feliz de ver.

—¡Saludos, Decio Cecilio Metelo el Joven! —gritó, caminando hacia mí con una gran multitud de clientes de aspecto duro detrás de él. Su voz se escuchó claramente en todo el Foro, y la gente se separó ante él como el agua ante el ariete de un buque de guerra. A diferencia de Escipión estaba acompañado por sus lictores. Por costumbre, se suponía que estos lo precedían y abrían camino con sus *fascas*, pero se necesitaba un hombre demasiado veloz para mantenerse por delante de este magistrado en particular.

—¡Enhorabuena, *Pretor Urbanus*! —contesté el saludo. Tito Annio Milón y yo éramos viejos amigos, pero allí, en público, solo le daría su título formal. Comenzando como un matón callejero recién llegado de Ostia, de alguna manera había saltado delante de mí en el *cursus honorum*, y nunca entendí exactamente cómo lo hizo. Sean cuales fueren los medios, nadie merecía el honor más que él. Era la prueba viviente de que todo lo que necesitabas era la ciudadanía para hacer algo de ti mismo en Roma. Le ayudó que tuviera energía para igualar su ambición, era increíblemente capaz, inhumanamente fuerte, guapo como un dios y completamente despiadado.

Me abrazó de manera experta, en realidad nunca me tocó y así se salvó de una entizada. Su pandada de gorilas hacía un ridículo intento de parecer digna y respetable. Al menos él los mantenía refrenados por respeto a su cargo. Era el enemigo mortal de Clodio, y todos sabían que el próximo año, cuando ninguno de los dos ocupara el cargo, habría una guerra abierta en las calles de Roma.

—¿En camino a la corte? —le pregunté.

—Me temo que el programa del día completo —dijo tristemente. Si había algo que Milón odiaba, era quedarse quieto, incluso cuando estaba haciendo algo importante. Por otro lado, tenía el truco de hacer que todos los involu-

crados en un pleito se sintieran extremadamente incómodos con la forma en que, a intervalos, se levantaba de su silla curul y caminaba de un lado a otro a lo ancho del estrado del pretor, fulminándolos con la mirada todo el tiempo. Era simplemente su forma de trabajar aunada a su abundante energía nerviosa, pero se veía exactamente como un tigre de Hircania que caminaba de un lado a otro en su jaula antes de ser liberado para un pobre desgraciado que se encontraba en el lado equivocado de la ley.

—¿Cómo van las restauraciones? —le pregunté.

—Casi terminadas —dijo, pareciendo dolido. Estaba casado con Fausta, la hija de la vejez de Sila y posiblemente la mujer más voluntariosa y extravagante de su generación. Durante años, Milón había vivido en una fortaleza de segundo orden en medio de su territorio, y Fausta había hecho su primera disposición en asuntos matrimoniales para transformarla en un entorno digno de una noble Cornelia e hija de un dictador.

—Si te gustaría admirarlas —dijo, animándose—, nos gustaría que tú y Julia vengan a cenar esta noche.

—¡Me encantaría! —No solo disfrutaba de su compañía, sino que Julia y Fausta también eran buenas amigas. Además, no estaba en posición de rechazar una comida gratis. Mi parte del botín de las primeras conquistas de César en la Galia me hizo sentir confortablemente adinerado por primera vez en mi vida adulta, pero esa riqueza se desvanecería sin dejar rastro el próximo año, inevitablemente.

—Bien, bien. Cayo Casio estará allí, y el joven Antonio, si se molesta en presentarse. Ha estado con Gabinio en Siria, pero ha habido una pausa en los combates, se aburrió y volvió a casa. Nunca se queda quieto por mucho tiempo.

Se refería, por supuesto, a Marco Antonio, que un día llegaría a ser célebre, pero en aquel entonces conocido principalmente como una luz importante de la juventud dorada de Roma, un joven desaseado e intemperante que, no obstante, era sumamente agradable.

–Siempre es divertido cuando Antonio está allí –le dije –. ¿Quién más?

Agitó una mano airadamente.

–Quienquiera que llame mi atención hoy, Fausta nunca me consulta, por lo que podría ser cualquiera. –Milón nunca guardó la formalidad de exactamente nueve personas en una cena. A menudo, como no, había veinte o más alrededor de su mesa. Él hizo política incansablemente y era capaz de invitar a cualquiera que pudiera serle de utilidad. Al menos la suya era una casa donde sabía que nunca me encontraría con Clodio.

–Mientras no sea Catón o alguien tan aburrido como él.

Milón se fue a su corte y volví a mi rutina de encuentro-saludo. Alrededor del mediodía, las cosas se animaron cuando dos Tribunos de la Plebe ascendieron a la *rostra* y comenzaron a arengar a la multitud. Estrictamente hablando, se suponía que no debían hacer esto, excepto en una reunión legalmente convocada por la Asamblea de la Plebe, pero los ánimos se estaban caldeando justo entonces y en ese momento los tribunos ignoraban la forma apropiada. Ya que eran sacrosantos, no había nada que pudiera hacer excepto gritarles.

Estaba demasiado lejos para distinguir lo que decían, pero ya sabía lo esencial. Marco Licinio Craso, triunviro y de reputación el hombre más rico del mundo, se estaba preparando para ir a la guerra contra Partia, y algunos de los tribunos estaban muy disgustados con todo el proyecto. Una de las razones era que los partos no habían hecho nada para provocar una guerra así, y el hecho que ser inofensivos nunca había mantenido a nadie antes a salvo de nosotros. Otra era que Craso era increíblemente rico, y una guerra victoriosa lo haría aún más rico, y por lo tanto más peligroso. Pero mucha gente simplemente odiaba a Craso, y esa era la mejor razón de todas. Los tribunos Gallo y Ateyo fueron especialmente vehementes en sus de-

nuncias contra Craso, y eran estos dos los que gritaron ante la multitud en el Foro ese día.

Toda su algarabía no sirvió de nada, naturalmente, porque Craso tenía la intención de pagar de su propio peculio para contratar, armar y equipar a sus legiones. No haría demandas al Tesoro, y no había nada en la ley romana que impidiera que un hombre hiciera eso, si tenía el dinero, lo que a Craso le sobraba. Así que este iba a conseguir su guerra.

Eso estaba bien para mí, siempre y cuando no tuviera que ir con él. Nadie se opuso, porque en realidad pensaron que podría ser derrotado. En aquellos días pensábamos poco de los partos como combatientes. Para nosotros simplemente eran orientales decadentes. Sus embajadores llevaban el pelo largo y perfumado; sus rostros estaban muy coloreados y sus cejas pintadas. Como si eso no fuera suficiente, llevaban mangas largas. ¿Qué más evidencia necesitábamos de que fueran un paquete de degenerados afeminados?

La guerra propuesta era tan impopular que a veces los reclutadores eran agredidos. No es que hubiera una gran actividad de reclutamiento en Roma. En ese momento la ciudadanía lamentablemente se había vuelto poco dispuesta a servir en las legiones. Las ciudades más pequeñas de Italia suministraban más y más de nuestros soldados.

La guerra de César en la Galia no tenía más sentido, pero era inmensamente popular. Sus despachos, los cuales yo había ayudado a escribir, eran publicados ampliamente y agregaron lustre a su nombre, y la gente tomó sus victorias como propias. A la gente le gustaba César y les disgustaba Craso. Era así de simple.

La ciudad estaba llena de Crasos ese año. Marco Licinio Craso Dives estaba, por segunda vez, en propiedad en el consulado con Pompeyo. Su hijo mayor, el Marco más joven, estaba aspirando a la cuestura. Así que fue un gran

año para Craso, a pesar de la impopularidad de su guerra propuesta. Él y Pompeyo se mostraban increíblemente amistosos como dos hombres que se odiaban a muerte. Craso estaba terriblemente envidioso de la gloria militar de Pompeyo, y Pompeyo también envidiaba la legendaria riqueza de Craso.

La fricción había aumentado entre los miembros de los Tres Grandes, pero, el año anterior, César, Pompeyo y Craso se habían reunido en Luca para resolver sus diferencias, y todo había sido cooperación desde entonces. Craso y Pompeyo acordaron extender el mandato de César en la Galia más allá de los ya extraordinarios cinco años, le estaban levantando más legiones y le habían dado permiso para nombrar a diez legados de su propia elección. A cambio, la gente de César en el Senado y, más importante aún, las Asambleas Populares le darían a Craso su guerra y a Pompeyo el proconsulado de España cuando dejara el cargo. España se había convertido en una gorda vaca de hacer dinero, lo suficientemente pacificada en esos años para que Pompeyo no tuviera que ir allí, pero podía dejar que sus legados manejaran el lugar y le enviaran el dinero.

La vida política romana se había vuelto muy complicada últimamente. La razón por la que Pompeyo estaba obteniendo la sinecura virtual de España era que, además de ser un cónsul en funciones, también tenía una extraordinaria supervisión proconsular del suministro de grano para todo el Imperio, y este era su tercer año en ese cargo. La ineficiencia, la corrupción y los especuladores rapaces habían hecho un desastre catastrófico la distribución de grano en el territorio romano. Hubo hambre en algunos lugares, incluso cuando el grano era abundante. Cuando las personas tienen hambre, se vuelven rebeldes y no pagan sus impuestos. Los romanos consideramos que la supervisión del suministro de grano es tan importante como el mando de los ejércitos, y España fue la recompensa de Pompeyo por enderezar la situación, lo que hizo con su

habitual e implacable eficiencia. Se le dio el poder de nombrar a quince legados para que lo asistieran, y eligió a hombres incorruptibles, eficientes y despiadados.

Cneo Pompeyo Magno fue probablemente el general más sobrevalorado que haya tenido Roma, pero incluso sus enemigos, entre los cuales me contaba, nunca dudaron de su genio administrativo. Si no se hubiera dejado seducir por el sueño de convertirse en el nuevo Alejandro, su reputación brillaría hoy como las de Cincinato, Fabio y los Escipiones. En su lugar, persiguió la gloria militar y pereció miserablemente a manos de un tirano oriental, al igual que Craso, quien merecía mucho más ese destino.

Pero estas perspectivas sombrías, además, estaban muy lejos en el futuro en ese día. Mi apetito me dijo que era casi mediodía, y me acerqué al gran reloj de sol para ver la hora. Este era muy antiguo, traído como botín de Sicilia doscientos años antes. Como fue calibrado para Catania, no era muy preciso, pero fue el primer reloj de sol municipal que se instaló en Roma, y aún estábamos orgullosos de él. Reveló que era alrededor del mediodía, más o menos una hora. Demasiado para la política. Era hora de almorzar, luego una tarde tranquila en los baños, donde por supuesto hablaría más de política con mis compañeros, luego cenaría en casa de Milón. Que día perfecto.

—¡Amo! —Era mi joven esclavo, Hermes. Corría hacia mí a través del Foro, irrespetuoso como siempre de rango, edad y dignidad. Empujaba a todos con buena imparcialidad. En realidad, tenía aproximadamente veinticuatro años de edad en ese momento, pero para mí era difícil pensar en él como algo más que un muchacho. Por supuesto, yo también era legalmente un muchacho, ya que mi padre todavía estaba vivo. Un hombre de mi linaje y mis hábitos tenía que estar agradecido por llegar a la treintena con vida y no tenía motivos para discutir sobre ser un menor de edad legal.

—¿Qué sucede?